

Melancólico gemido
Que allija tu corazón;
Ni que tu batel zozobre
En el mar de la existencia,
Por la funesta violencia
De mortífera pasión.

Plegue al Cielo que en tu frente
No estampe el dolor su huella;
Que en tus ojos viva estrella
Nunca cese de brillar;
Y tus gracias infantiles,
Tu inocencia y tu ventura,
Tu candor y tu hermosura
Crezcan contigo á la par.—

Que es feliz, feliz mil veces
Esa edad de bienandanza,
En que sin otra esperanza
Que los juegos y el placer,
Corren serenos los días
Tras una dicha cercana,
Sin acordarnos mañana
De lo que hicimos ayer.

— José M.^o Espadas y Cárdenas.

MI VIAJE A TETUAN.

Llenos de un gozo indefinible llegámos finalmente á las puertas de la ciudad mahometana. Detenidos en éstas y conducidos á la presencia del Gobernador, dispuso éste, sin dignarse dirigirnos una mirada, se nos acompañase hasta la Judería, barrio cercado á donde solamente es permitido habitar á los extranjeros no musulmanes. A la puerta de aquel arrabal salió á recibirnos su Alcaide exigiéndonos la contribucion de costumbre; cumplida esta formalidad nos encaminámos á la morada de nuestros descuidados amigos. No nos esperaban y su alegría fué igual á su sorpresa.

Pasemos en silencio esta tierna é interesante escena que mi débil pluma apenas pudiera bosquejar y vamos al objeto principal que me habia propuesto hacer conocer á los lectores. Una dulce calma habia ya reemplazado á las primeras y tumultuosas impresiones, y la conversacion tranquila aunque animada sustituia á la confusion de frases interrumpidas, gritos y exclamaciones que le precediera, cuando un suceso extraño acibaró nuestro contento. Dos soldados de la guardia del Gobernador se presentan repentinamente á la puerta de nuestra estancia, y jadeando de cansancio, con ademanes y voces descompuestas, gritaron con imperio: *Gobernador mandar, Cristiana venir, mugera querer*. Estupefactos quedamos al oír semejante embajada: los esposos temblaron y las señoras palidecieron. En vano aquellos pedian esplicaciones pues los soldados, que nada comprendian atentos solamente al cumplimiento de las órdenes de su señor, repetian sin cesar: *Cristiana venir Gobernador mandar; fisa, fisa: (1)* y se preparaban á

(1) Aprisa, aprisa.

exigir á mano armada el cumplimiento de sus mandatos. El lance era apurado; ¿pero como evitarlo? La resistencia seria de todo punto inútil. Una anciana Judía, huésped de la casa, se prestó á nuestra demanda para servir de intérprete; pero sus traducciones, ya fuese por efecto de nuestro atolondramiento ó por su poca espresion, no fueron bastantes á tranquilizar á aquellos maridos alarmados. — *Andar, andar; papura no haber; Gobernador bono; mugera mandar*. Estas ó semejantes palabras fueron las que la confiada hebrea nos hizo comprender ó las que por entonces nosotros entendimos. Los soldados impacientes no dejaban de gritar *fisa, fisa* y no habia mas remedio que obedecer.....

Animadas algun tanto las señoras por los ademanes, gestos y palabras poco esplicitas de la intérprete que se brindó á acompañarlas, se prepararon para el temible trance; y ya fuese por un efecto natural del deseo de agradar que anima siempre á las mugeres, ó ya por otro sentimiento que no sabré espresar, lo cierto es que, á pesar de aquellas apremiantes circunstancias, pusieron tanto esmero en el aliño de sus trajes y adornos, dieron á su semblante una tal espresion de resignacion animosa y á su cuerpo y acciones un no sé que de elegante volubilidad, que hubiera dado margen á la maledicencia para dudar en aquel instante de la rectitud de sus intenciones.

Partímos al fin y precedidos de los soldados nos dirigímos al palacio del Gobernador. Los dichos agudos de las Damas, las recelosas y picantes contestaciones de los esposos, y las frases equívocas de los dos indiferentes que formámos parte de la comitiva, nos hicieron parecer mas corta la distancia y llegámos á la puerta temida mucho mas pronto de lo que esperámos. Entraron las señoras con la hebrea que nos habia acompañado, cerrándose tras ellas el suntuoso cancel.....

El abatimiento de los esposos llegó entonces á su colmo y el mas profundo silencio subsiguió á nuestra anterior locuacidad. Cualquiera chanza hubiera sido demasiado inoportuna en aquel momento. Largo tiempo esperámos en aquella embarazosa situacion; la impaciencia y la duda pintadas en el rostro de los dos maridos daban ya lugar al despecho que empezaba á vislumbrarse ¡Que ignominia! decia el uno ¡que horror! contestaba el otro, y ambos pateaban al compas de violentas interjecciones. En vano fueron todas las reflexiones que nos sugirió la amistad para calmar la irritacion de aquellos ánimos preocupados. — Este estado no podia ser muy duradero: la cancela se abre de nuevo y nuestras heroínas se nos acercan riendo á carcajadas, y provocan con sus chistes la irascibilidad de sus maridos. Todo se calma al fin; las damas refieren cuanto les ha ocurrido y queda descifrada la embajada que nos habia consternado. — Las mujeres del Gobernador, noticiosas de la llegada de las dos cristianas, habian solicitado de su señor el permiso de verlas y divertirse á su costa, y hé aqui la traduccion genuina de aquellas órdenes que nosotros habiamos interpretado tan siniestramente.

Este acontecimiento novelesco, cuyo desenlace parecerá ridículo, fué sin embargo, la causa de la avercion que aquellas señoras y sus esposos tomaron al pais,